

LA LUZ DE ELANA Cap 1. Las estrellas me llaman

jorge bayona



Capítulo 1

LA LUZ DE ELANA

Capitulo 1 Las estrellas me llaman

Elana! Elana!

!PAM! Sordo, fuerte y pesado. Albert deja caer una enorme amalgama de carne congelada sobre la mellada mesa.

Ah! aaahhh! El arretrato del susto a llevado su frente a darse contra las tablas mal clavadas del espaldar. Auch! —Me duele la cabeza. Menciona la pequeña niña entre dormida. El estruendo le corto el sueño y el golpe agudizo sus sentidos. —Albert! Albert! Ha vuelto a suceder Albert! Agrega dando un brinco del camastro, un camastro viejo y dañado, hecho a mano pero no a la medida. —He vuelto a soñar con ello! La emoción de las nuevas hace que se enrede en la colcha, la cual ella misma se encargo de llenar de paja para solventar el frio de la montaña, en especial, aquel frio que invade las recónditas esquinas de su hogar. Por poco va a dar contra el baldosín pero un pequeño aleteo de brazos y un movimiento de talones evita el desenlace.

...

—Porque nunca respondes a lo que te digo! Reclama mientras este ni se inmuta. Hace mucho frio hoy! Me congelo!.

—Porque me importa poco lo que otros sueñen!. Frio como la carne que manipula. Ese es Albert. Con su corto cabello negro y mangas recogidas, un joven en sus 24 años. Huraño, silencioso, de relaciones sociales escasas. Sus ojos poco comunes sino que únicos, como el centro de una uva, entre blanco y azul. Adornadas con esas pequeñas ojeras características de el.

—Pero esta vez fue diferente. Lo sentí tan real. Una estrella enorme, muy, muy brillante. Dentro de ella, era cálido y acogedor. Luego, centenares de voces decían mi nombre. Describe entre tintineos helados.

—Te repito por ultima vez, son solo sueños, no tienen importancia. De pies a cabeza la escruta con la mirada. Cabello desordenado con puntas beige, ojos color miel, pies sucios y a pesar de tener diez años menos que el, es una enana. Como si su cuerpo se resistiera a crecer. Luego le dicta lo que ha pensado desde hace un par de días: Esa bata agujereada la tirare.

—Ahora cámbiate! Iremos a la ciudad dentro de poco.

A Bell. Bell. Yo quiero! Yo quiero!

—Deja de hacer eso, da escalofríos. Eso de dar vueltas mientras brincas. No es normal. (Y no me escucha, seguramente dañara algo en su habitación con tanta emoción).

—No quiero que tires la bata, fue un regalo de la Tía María, me la dio el año pasado. No la tires. Entre lo mejor que tiene para vestirse son unos mochos deshilados color café y una blusa corta azulada. De mal gusto y sin conjunto ninguno. —Dañe las suelas de nuevo, —murmura entre dientes. Ahora con que me calzo. Si Albert se entera me congelara la cabeza de nuevo. ¡¿Porque siempre se me dañan?!

Desayuno! Pan recién horneado, verduras moradas y carne. Siempre hay carne en la cabaña de Albert. Todos los días. Ya que es cazador y comercializador de la misma. En un dos por tres, la intrépida aprovecha un descuido y con velocidad casi imperceptible ya se encontraba sentada delante de su porción. Intenta ocultar que esta descalza con ayuda de la mesa y en efecto, funciona. —A comer! Grita con alegría.

—Nunca me acostumbrare a esto. Lucida Albert. Pues la joven deja la vajilla reluciente, en un santiamén acaba con todo. Es un pozo sin fondo. El vacío. Solo queda su mirada como exigiendo mas. —Péinate! Pareces una desquiciada. Eso estaba haciendo pero mi cabello no obedece. Agrega intentado acomodárselo con las manos.

—Es tan simple como esto. Replica Albert. Suavemente desliza su palma y queda bien presentado. Un galán. —No es justo! mi cabello no es así.

Termina con eso y ve a hacer tus deberes. No olvides la cubeta que vi las chinchosas anoche cerca al maíz.

—Si me apuro, llegare a tiempo para verlo. Con cubeta en mano, vuela dentro del frondoso bosque. No corre, va de brinco en brinco, los arboles caídos, la alta hierba, los escombros pedregosos, la espesura en si misma no son obstáculos para sus descalzos pies. Las ramas fungen como columpios, trampolines, para impulsarse sobre estos. —Para ver el amanecer! Su destino es una laguna pequeña, en un valle claro del bosque.

—Haaaaa! Esto es lo mejor. Murmura la joven muy agusto acostada sobre el pasto, mirando la inmensidad del cielo. Una estrella que nunca desaparece, destella de día y de noche siempre en el horizonte, con cuatro puntas, es llamada : La Majestuosa. Su tamaño y brillo supera a las demás. —Hoy te siento mas cerca que nunca. Su brazo se erige para alcanzarla, sus dedos se abren para intentar atraparla. —¿Algún día

llegaras a mi?.

Mientras yacía absorta en sus pensamientos. Entre los arbustos algo se mueve. Shhhrr! shhhrr! Algo pequeño se escabulle. Una sombra se revela contorsionándose, aquejándose y girando sobre su vientre. Es un Codoro, un pequeño marsupial del tamaño de un conejo, pelos cafés con motas grises, enormes garras y amenazadores colmillos. Sus ojos flamean en morado, como si algo lo poseyera. Su nariz lagrimea sangre. Su dentadura esta manchada de rojo. Por escasos segundos se detiene, algo encorvado, como si algo le estorbara en la mandibula y escupe mas sangre.

Tres saltos dificultosos y cae dentro de la laguna, el agua lo atrapa y lo arrastra a las profundidades, claramente, ha preferido ese destino a aquel otro que le deparaba una muerte mas dolorosa. —¿Y eso que fue? Se cuestiona Elana junto a la laguna, revisando de cerca. —¿Qué hace un Codoro tan cerca de la cabaña? Hmm... No creo que deba sacarlo, Albert me tiene prohibido tocar animales que parezcan enfermos. —Pobrecito.